

En las aguas de la noche

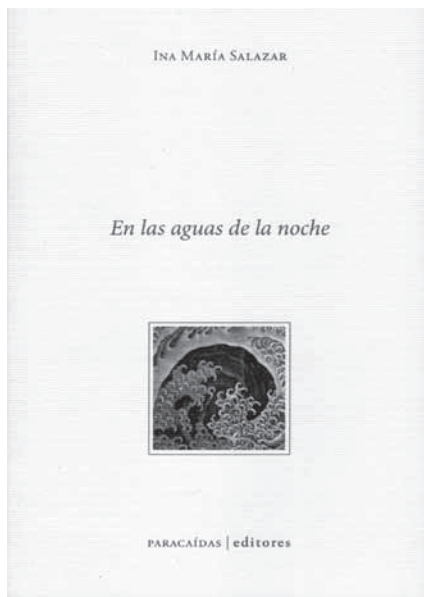
GIOVANNA POLLAROLO

En *las aguas de la noche*, tercer poemario de Ina Salazar, comienza con un poema que anuncia un afán: volver, desandar el camino hasta llegar al lugar donde se encuentra “la niña emparedada con su vestido de fiesta”. Tarea casi imposible: para encontrar a esa niña será preciso romperse las uñas, “rascar furiosamente”, olvidar, “hacer añicos el rosario de recuerdos / el álbum / la biografía” (7). Sobrecoge esta advertencia porque desde el inicio nos lanza a la cara una verdad que no queremos enfrenar: las fotos, los recuerdos, la música, todo aquello que creemos que nos permite “volver al pasado” no son más que máscaras, imágenes que construimos para ocultarnos. Tememos encontrarnos con “la niña emparedada con su vestido de fiesta”. Y cada quien tiene la suya. Blanca Varela en “Ternera acosada por pájaros” habla de esta imagen, e intenta describirla: “¿tenía nariz ojos boca oídos? / ¿tenía pies cabeza? / ¿tenía extremidades?”. Animal envuelto en un “halo de sucia luz”; “tierra ajena”, “carne de nadie”: ¿era una niña, un animal, una idea?”. Imposible determinar hasta cuando tras el “horrible dolor en los ojos”, del “agua amarga en la boca comprende” que era la vida pasando a su lado “coronada de moscas” (195)¹.

El yo poético de *En las aguas de la noche* sabe también de esa visión aunque haga todo lo posible para enterrarla, desaparecerla. Hacer que no existe. Hasta que se descubre en la mentira y empieza a buscarla, afanosa, dolorosamente: “Ah, señor, qué horrible dolor en los ojos”, como escribió Varela.

Para volver hay que “hacer añicos” todas las trampas y embustes y quedarse solamente, dice el poema, “con el polvo ardiente de una tarde / en que el deseo impronunciado aún / se asía a la piel”. O: “con la dulce melodía avergonzada / que en las madrugadas silenciosas / le disputaba al rumoroso mar / su dominio de óxido y sal” (7). Polvo, silencio, óxido, remite a lo mínimo, a la casi nada, a aquello que apenas se podrá vislumbrar tras despojarse de todos los artificios engañosos que impiden ver aquello que está casi desaparecido pero que nunca desaparecerá.

En las aguas de la noche trata sobre esa búsqueda que parece condenada al fracaso; o mejor, al naufragio. Los poemas son pistas, esbozos, itinerarios que la marcan. ¿Cómo llegar a esa niña que nos habita? El viaje en tren del segundo poema como



En las aguas de la noche

Ina Salazar
Paracaídas editores
Lima, 2014
54 páginas

posible vía para encontrarse con la imagen buscada deviene en fracaso: “¿Dónde está / el punto de fuga / el boquete / para pasar al otro lado?” (9). La otra vía es el sueño que durante la noche trae al amado de la muerte: “Vienes de la muerte / tu cuerpo / brilla / húmedo y viscoso” (12), pero el encuentro es imposible, “te pierdes en la noche” (12); queda como consuelo “el canto de los pájaros” (15), el mar, la espuma blanca. Pero, abruptamente, irrumpe la “realidad” en la voz anónima que en la radio anuncia “el escándalo de tu muerte” (18). Y la sombra de la niña parece asomar por algunas de las grietas abiertas por el dolor y la pena.

Parece olvidado el afán cuando el cuerpo se entrega al amor: “Gustar / del húmedo olor de tus axilas”, como una manera de salirse del propio cuerpo, de amar lo ajeno, al otro: “¿Será eso el amor?” (24), o dar vueltas, bailar, fundirse en el cuerpo de un desconocido: “Pero fue tan corto” (25) y asoma otra vez la herida: dos cuerpos no pueden ser uno; cada quien regresa al suyo y asoma la niña que nos habita: emparedada con su vestido de fiesta.

De pronto el yo poético parece haber encontrado la luz en la niña que camina junto al padre “vamos / mi padre y yo / de

la mano / hacia la luz del domingo” (30); pero lo que sigue es la derrota: agua amarga, herrumbre, jardín enfermo / llanto, jadeos. Y aparece la madre. Gracias a su extraño lenguaje, “dulce música” (35) surge el poema “con las palabras de la madre” (35) que guiarán la búsqueda “del hilo perdido” (36). La palabra nos aproxima a la luz; a veces. Y asoma, en medio del dolor y del desconcierto, entre brumas, la niña buscada: “me ovillo / como la niña que fui” (40). La exploración prosigue por la vía del cuerpo: del propio y del de otros. La gata muerta una fría mañana de enero, su carne y cuerpo de mujer, su cuerpo de madre carne de su carne, su cuerpo de cincuenta años, deseoso, ardiente, entregado. Y surge, lúcida, la poesía advirtiendo el irremediable destino: la muerte acecha. Más tarde o más temprano, seremos “carne de gusano” (49). Como el gusano de Blanca Varela de uno de los más emblemáticos poemas de *Canto Villano*.

“¿Y la poesía?, ¿correrá también la misma suerte?” (49) La única posibilidad de enfrentar a la muerte, a la nada, al olvido, parece ser sumergirse “en las tibias arenas del sueño”, como queda dicho en el último poema: “y que de ella brote el verso” (51) del mismo modo como en “Así sea” de Varela: “Respira y canta / Donde todo termina abre las alas. / Eres el sol / el agujón del alba / el mar que besa las montañas / la claridad total / el sueño” (91).

En las aguas de la noche es un bellísimo homenaje a la poesía de Varela, a su universo tan personal: allí están los ecos surrealistas, su palabra acerada, afilada como un cuchillo, brutal, dolida a veces; incierta, irónica, los sueños y el despertar; el despertar y los sueños. Allí está el poema de la niña que nos habita, encontrada y rápidamente perdida: “Me acuerdo ¿me acuerdo? / Me acuerdo mal, reconozco a tientas. Me equivoco. / Viene una niña de lejos. Doy la espalda / me olvido de la razón y el tiempo... Y todo debe ser mentira / porque no estoy en el sitio de mi alma” (“Conversación con Simone Weil”) con el que el dialoga el yo poético de *En las aguas de la noche*: “Tantos años tantos / Toda una vida / Para emitir al fin / Unos cuantos balbuceos” (47).

Este poemario confirma el compromiso de Ina Salazar con la poesía como una práctica austera, honesta y rigurosa.

1 Varela, Blanca. *Canto villano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.